

Los gringos en Rivas

lo fué lo que intentaron acometer el

un nicaragüense se presentó ante el instalado en una vieja casa de adobes, venían los yankis. Poco después, al lado venían los gringos de Walker. Los hombres saliera de Rivas y se dirigió al enemigo. La fuerza salió. Rivas era una plaza muy débil. Desde luego, dieron a don Juanito Mora, era falsa. Del otro lado diametralmente opuesto el 11 de Abril se inició la salida de la fuerza que por otro lado, caía sobre la vanguardia iba el coronel Machado, compuesta de nicaragüenses traidores, traían sus insignias, que agitaban en Costa Rica. Abajo los filibusteros". Desde el plan de los gringos era terrible: el cuartel general, apoderarse del cuartel y proponernos una paz, para avanzar el movimiento no hubiéramos podido resistir, por la estratagema que usaron, el General, a pocas varas de donde estaba Juanito. En esa esquina se encontraba, que al principio fué engañado por los falsos de los filibusteros. Pero la verdad, y rápidamente, disparó la guardia invasora, el coronel Machado, por el certero disparo de José María: "El enemigo, el enemigo". Su disparo alertó a los costarricenses y los gringos, que ya estaban casi muertos. Los jefes yankis trataron de corromper a los soldados por las cabezas de los Matabaquín. Pero la contestación fué un éxito en la batalla de Rivas. La ciudad del Mayor encerrado en una casa de razón mismo de la ciudad.

En las primeras horas de la noche. Todo el mundo de nuestra Patria y de nuestros que habían salido en la mañana de la ciudad a los que estaban haciéndole frente que los gringos usaban un rifle mounier que encender cada vez que se disparaba. Eran punteadores de mucho valor. Les sirvió su ventaja inicial ni sus desventajas. En aquel día, casa por casa, la ocupación que habían ocupado mediante los fusileros de Sanders, un cuerpo de fuerza, se había hecho fuerte en una casa de un nicaragüense de apellido Guerra— era la "punta de lanza" del peligro en volverse a extender y de la suerte de Costa Rica hubiera sido la una de la tarde de ese día, las cadáveres de costarricenses, y los restos de manos del Padre Chico Calvo hacirlo uno a uno. Los cirujanos,

tres en total, doctores Sáenz costarricense, Hoffman alemán y Bastos nicaragüense, atendían a los 300 heridos al mismo tiempo, operándolos al aire libre y sin anestésicos, entre el diluvio de balas, los gritos, los rezos y todo el estruendo de una batalla furiosa y sin cuartel. Había que desalojar a los filibusteros de su reducto en El Mesón de Guerra. El general Cañas, un valiente entre los más valientes, resolvió que había que quemar ese hotel. Pidió un voluntario. Varios quisieron ir. Pero se escogió a Juan Santamaría, que hacía las veces de tambor, un hombre del pueblo, sin padre conocido, hijo natural de una pobre mujer de Alajuela llamada Manuela Carvajal, alias Gayego. ¡Era carne de la carne del pueblo, lágrima de sus lágrimas, sonrisa de sus sonrisas! Y Juan Santamaría tomó un palo, le pusieron en la punta unos trapos, lo rociaron de una materia combustible, le dieron fuego con la yesca, y Santamaría avanzó hacia el Mesón de Guerra, capeándose de los balazos como podía. Pudo acercarse a la tea a un alero del Mesón, y como era madera seca y vieja, en pleno marzo, pronto fué una hoguera. Los filibusteros tuvieron que salir de aquel baluarte, y los costarricenses los persiguieron a balazo limpio. Al caer la tarde se ejecutó la hazaña de Juan Santamaría. Ya en la noche, Rivas estaba libre de los gringos.

Sólo los costarricenses ignorantes pueden poner en duda la existencia de Juan Santamaría. Hay cientos de testimonios de quienes lo vieron crecer, de quienes fueron sus compañeros de juegos, de quienes se enrolaron en el ejército con él, de quienes lo vieron quemar el Mesón. El doctor don Andrés Sáenz incluso lo curó en el viaje a Nicaragua de una ligera enfermedad, y el 12 de abril, al preguntar quién había quemado el Mesón, le dijeron que aquel muchacho alajuelense, que había ido con la tropa de don Juan Alfaro Ruiz. Los partes oficiales —el que firma el coronel Bariller y el que ostenta la firma de don Juanito Mora— redactados al día siguiente de la batalla, especifican que gracias al incendio, los gringos habían sido desalojados de Rivas y luego totalmente derrotados. Y una prueba más, entre las mil que existen: don Juanito Mora, poco después, pensionó a la madre de Juan Santamaría. De no haber existido el héroe, don Juanito, que estaba en Rivas el 11 de abril, no le habría dado personalmente la pensión a la viejecita desamparada por la muerte de su hijo. El que niegue su existencia es un ignorante. Juan Santamaría es la encarnación misma de nuestro pueblo. Es el pueblo costarricense, pero es el pueblo de todos los países, el pueblo pobre, el pueblo trabajador, el pueblo humilde, enfrentado a los poderosos que quieren ahogar sus libertades para hacer negocios.

En este año de 1954, los costarricenses deben celebrar como nunca el aniversario de la batalla de Rivas del 11 de Abril de 1856. Esa batalla es un ejemplo de lo que debemos hacer cuando los imperialistas tratan de invadir militarmente nuestro suelo. El 11 de Abril de 1856 es la primera gran batalla ganada a los gringos. Hay otras batallas pendientes, como la nacionalización de la Compañía de Fuerza y Luz, el reparto de tierras ociosas de la United Fruit Co., la nacionalización de los servicios aéreos, en manos de los gringos, como en manos de ellos también están las riquezas del subsuelo si encuentran petróleo, etc. Tales las batallas que debemos ganarles ahora. Y recordemos que en otros lugares del mundo, como en Corea hace poco, como en Indochina ahora, pueblos enteros están peleando todos los días batallas como las que pelearon nuestros abuelos en 1856, por las mismas causas y contra el mismo enemigo. Con esos pueblos debe estar nuestra simpatía. Y nuestro odio debe estar contra los millonarios que tienen a los Foster Dulles, a los Eisenhower, a los MacArthurs de sirvientes, para tratar de avasallar a los pueblos que ellos creen débiles y para tratar inútilmente, de detener la rueda de la historia con las infernales máquinas de destrucción en masa. Contra esos millonarios, de los cuales el Gobierno de la Casa Blanca no es sino un repugnante instrumento, debemos levantar nuestra voz de protesta, exigiéndoles la paz y obligándolos con la fuerza de nuestra conciencia de hombres civilizados a prohibir el empleo de sus inventos horribles en la destrucción de los pueblos del mundo. De lo contrario saltarán de todos los rincones de la tierra, los Juan Santamarías con la tea vengadora en la diestra.